

Capítulo 1

El niño está pintando un gran sol en la pared sucia y gris de la escalera. Es moreno, bajito, tiene los ojos negros y lleva unos vaqueros y un jersey rojo. A su lado, un cubo de pintura amarilla y, en su mano, una brocha.

El grupo de voluntarios se detiene junto a él y el director del centro explica:

–Éste es nuestro pintor, nuestro artista. Es peruano y hace dos meses que vive con nosotros. De momento, solo habla español.

–¿Cómo te llamas? –le pregunta en español Jordi.

El niño sonríe y le contesta:

–Soy Poli. Bueno, Policarpo, pero todo el mundo me llama Poli. ¿Usted de dónde es?

–Soy español. Pero voy a ir a vivir a Perú. He venido aquí a Bruselas para visitar este centro de acogida, porque trabajo en una ONG¹.

–¿Y eso qué es?

–Bueno, una organización que intenta ayudar a la gente más necesitada...

–Pues qué bien, pero yo no necesito ayuda, yo solo quiero ser libre. Poli agarra la brocha y empieza a pintar una montaña delante del sol.

–¿Y cómo se llama tu *mura*?

–“La creación del mundo”.

–Es muy bonito.

–Sí, los colores son lindos. Acá no hay colores. Todo es gris.
El director del centro dice:

–Tenemos que continuar la visita.

–Adiós, Poli. Igual nos vemos luego.

–*Chau*³... ¿Y usted, cómo se llama?

–Jordi.

–¿Y eso qué es?

–Es Jorge en catalán.

–¿Y eso qué es?

Jordi se ríe.

–Es el idioma que se habla en Cataluña, en Barcelona.

Yo soy de Barcelona y allí, además del español, se habla catalán.
Las dos lenguas son oficiales.

–Ah... A ese sitio es adonde yo quería ir: a España.

–Por favor, por aquí, vamos a ver la sala de juegos... –continúa
el director.

–Hasta luego, Poli. Nos vemos.

Y Poli se queda solo.

En la sala de juegos hay dos mesas de pimpón, una televisión, un *fútbolín*⁴ y varias mesas con juegos de damas y de *ajedrez*⁵. Hay también grupos de chicos y chicas, entre 13 y 17 años, de etnias diferentes, de todos los continentes, hablando en diferentes idiomas.

–Éste es el pabellón donde viven niños que han llegado solos a Bélgica y que nunca han sido reclamados. No conocemos a sus familias. Pueden quedarse aquí hasta los 18 años. Tenemos chicos de Marruecos, de Sierra Leona, de Colombia, de la República del Congo, de Brasil, de Nigeria, de Argelia, de Kosovo...

Junto al televisor encendido hay una banderita que dice *Happy Birthday*.

—¿De quién es el cumpleaños hoy? —pregunta una de las visitantes.

Una chica levanta la mano.

—¿Cuántos años cumples?

—Creo que quince.

—Pues feliz cumpleaños... ¿Y de dónde eres?

—De Nigeria.

—¿Y qué haces aquí?

—Esperar los papeles.

—Pero durante el día, ¿qué actividades haces? —pregunta Jordi.

—A veces canto, cantamos... Cantamos música de nuestra tierra, y bailamos también... Tenemos casetes, y una radio... Y los chicos juegan al fútbol cuando no llueve. No sé... Aquí siempre llueve. También vamos a clase, aprendemos francés porque hay que hablar con los abogados, con la asistente social...

—¿Y a ti? ¿Te gusta estar aquí? —le pregunta Jordi a una chica que les escucha.

—No. Yo quiero ir a Estados Unidos.

—¿Y para qué?

—No sé... para ser libre, para oír música. Aquí hay que fregar los platos, poner la mesa, todo por turno, todo organizado, todo ordenado; ir a clase, hacer los deberes... cenar a las seis de la tarde, ir a la cama a las diez y media, levantarse a las siete...

En un rincón, otro muchacho, solo: Alfa, de Sierra Leona.

—¿Y tú? —pregunta Jordi.

—*Me? I... I feel alone.*